

«QUITA TU CALZADO DE TUS PIES»

JAMES L. MAY

A Moisés le entró curiosidad cuando vio una zarza ardiendo y que, sin embargo, no se consumía. Su curiosidad lo hizo acercarse cautelosamente a ver el espectáculo. Cuando se acercaba, Dios le habló de en medio de la zarza, y le dijo: «No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es» (Éxodo 3.5). La misma petición se le hizo a Josué (Josué 5.15). La tierra que Dios ocupe es tierra santa. No hay nada impuro que merezca estar allí.

El calzado ha andado por la suciedad y el fango de los senderos terrenales. Esta es la razón de la práctica oriental de quitárselo al entrar a un templo o palacio. En las naciones orientales aun hoy día, el calzado se deja a la entrada de las casas. La sala de reuniones no es sagrada. La asamblea de adoradores que entran a la presencia de Dios es santa, no importa dónde se reúna. Aun bajo la sombra de un árbol, o de una enramada, si Dios está allí, la asamblea es santa.

Una asamblea de adoradores no es sitio para la suciedad y el hedor del mundo. Cuando los adoradores forman parte de la asamblea de Dios, deben dejar atrás los pensamientos del mundo.

Si uno no puede *amar* a Dios y al mundo al mismo tiempo (1^{era} Juan 2.15), tampoco puede adorar a Dios y al mundo al mismo tiempo. La adoración nos llama a salir del mundo, para entrar al poder y a la presencia de Aquel que desea llenarnos de Sí mismo. Si para sentirnos suficientes dependemos del mundo tanto que no podemos dejar atrás los asuntos mundanos, para acercarnos a Su presencia, entonces puede que jamás lleguemos a saber lo que significa sentirnos suficientes en Él.

POR MEDIO DE DEJAR EL MUNDO ATRÁS

Pablo, citando Isaías 52.11, instó a los cristianos que estaban en Corinto, con las siguientes palabras: «Salid de en medio de ellos, y apartaos» (2^a Corintios 6.17). Su instancia se hizo dentro del contexto de mantener la santidad de su andar con Dios. Ellos estaban siendo tentados por la idolatría de una ciudad que era famosa por su culto a Afrodita.

Dios los había llamado a salir del mundo, para que fueran un pueblo santo porque Él es santo. Su naturaleza santa no le permite aceptar que haya impureza alguna delante de Su presencia. Los corintios, al igual que todos los pueblos, estaban teniendo dificultad para apartarse del mundo del cual Dios los sacó.

Dios hizo salir a Abraham de la tierra de sus padres, y lo llevó a una nueva tierra, para hacer de él una nación, un pueblo, para Sí mismo (Génesis 12.1–3). Al hacerlo salir, bien podría decirse que lo apartó. Al pueblo que formó de Abraham, a los israelitas, Dios los instó a permanecer puros, apartados, para aquello a lo que los llamó. No debían casarse con personas de naciones idólatras, ni formar alianzas con ellas. Lo que le preocupaba a Dios no era que se relacionaran con los extranjeros en sí, sino que se relacionaran con los dioses de éstos.

Israel fue sacado de Egipto para adorar y servir a Dios. Moisés había de decirle a Faraón: «Israel es mi hijo, mi primogénito [...] (deja) ir a mi hijo, para que me sirva» (Éxodo 4.22–23a). Una y otra vez, Moisés pidió a Faraón que dejara ir al pueblo de Dios para que pudieran servirle a Éste. Cuando Dios se le apareció a Moisés en la zarza ardiente, Él le aseguró con estas palabras: «[...] cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, adoraréis a Dios sobre este monte» (Éxodo 3.12b; NASB). Dios deseaba que Su pueblo fuera para Él. No quería que ellos mezclaran la adoración que le daban a Él con la adoración que se daba a los dioses de los egipcios. A Dios no se le debe mezclar con nada ni con nadie más.

Cuando los israelitas se aprestaban a cruzar el río Jordán para dar comienzo a la conquista de Canaán, Josué les dijo: «Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros» (Josué 3.5). «Santificados», «santos», «consagrados», «limpios»: todas son palabras que describen a los que son diferentes, a los que se han apartado del mundo, para adorar y servir a Dios.

Salomón fue un gran rey que dio comienzo a su reinado con humildad y confianza en Dios. Fue usado por Dios para llevar a cabo una de las tareas

más grandes de la historia del pueblo de Dios: se le responsabilizó de la construcción del templo, del lugar donde Dios establecería Su Nombre y mantendría Su presencia en medio de Su pueblo. A pesar de su gran logro, Salomón no agradó a Dios, porque él «amó [...] a muchas mujeres extranjeras», mujeres de naciones con las cuales el Señor había dicho que no había que formar alianzas matrimoniales, pues corrían el peligro de que los corazones de los israelitas fueran inclinados tras los dioses de ellas (1º Reyes 11.1–2). Salomón se relacionó más con el mundo pagano, que con Dios.

Cuando Judá regresó de la cautividad en Babilonia, a reconstruir el templo y la ciudad de Jerusalén, y a restaurar el culto a Dios, Esdras y Nehemías tuvieron que insistir una y otra vez en que se apartaran del mundo pagano que les rodeaba. Tenían que ser santos, tenían que apartarse del mundo, para poder acercarse a Dios con el fin de adorarlo (Esdras 9; 10; Nehemías 13).

Los magos de Mateo 2, salieron de su tierra que estaba en el oriente, guiados por una estrella. Dejaron sus casas y sus familias, y viajaron a través de miles de kilómetros de desierto, a un país extraño, para encontrar a Aquel a quien deseaban adorar. Por lo menos por algún tiempo, dejaron la comodidad y seguridad de sus casas, a cambio de la más regocijante y más duradera satisfacción que produce el adorar al Señor del cielo y de la tierra.¹

Cuando Jesús deseaba pasar tiempo con el Padre, Él se alejaba y estaba a solas (Mateo 14.23; Marcos 6.46; Lucas 6.12). Fue por esta razón que se enfureció cuando vio a los que introducían sus negocios al templo (Mateo 21.12), pues esto impedía a los adoradores apartarse del mundo. Reprendió a los que daban limosna o hacían oraciones con el propósito de ser vistos por los hombres. Les mandó hacer sus oraciones y dar su limosna en secreto (Mateo 6.1–6). Cuando dijo: «entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre», ¿no quiso dar a entender con ello que había que apartarse del mundo? Puesto que tenemos que «salir» del mundo, debemos hacer a un lado los intereses mundanos cuando entramos a la presencia de Dios.

Por supuesto que tenemos que vivir en el mundo: Dios desea que nosotros «[brillemos] como estrellas en el universo» (Filipenses 2.15; NVI). La misión cristiana que se nos ha encargado debemos llevarla a cabo en el mundo (Marcos 16.15). No

podemos cumplir tal misión sin entablar relaciones con la gente del mundo (1ª Corintios 5.10). Para no tener que estar «en el mundo», tendríamos que salir del mundo, y así no brillaría nuestra luz delante de los demás. Sin embargo, cuando entramos a la presencia de Dios a adorar, debemos dejar el mundo atrás. La adoración consiste en retirarse del mundo.

En el mundo se nos pueden oponer por causa de la fe, o pueden burlarse de nosotros porque somos diferentes. Es posible que se nos separe de nuestras familias. Las relaciones se pueden poner tirantes. Puede que se nos considere faltos de juicio. Para el cristiano, el mundo es una zona de guerra. Estoy convencido de que esta es la razón primordial por la que Dios desea que Su pueblo se congregue (Hebreos 10.25). El culto de adoración debe ser un refugio en el que se está a salvo de los peligros del mundo —un respiro en medio de la tormenta, un sitio en el cual descansar, un tiempo para recobrar fuerzas y alimentar el espíritu hambriento. La adoración es un tiempo de consolación, una oportunidad para que sanen las heridas, y sean enjugadas las lágrimas. Es un tiempo en el que se escucha a Dios, un tiempo en el que se vuelven a oír Sus promesas y Sus mandatos. Es un tiempo en el que se confiesan nuestras debilidades y se hace profesión de nuestra fe. En el culto se brinda un tiempo para fomentar lo que el mundo no puede dar, se brinda un tiempo de «[refrigerio que viene] de la presencia del Señor» (Hechos 3.19).

Cuando la mundanalidad invade la iglesia, uno de los primeros lugares donde los efectos de ella se manifestarán con mayor probabilidad es en la adoración. Cuando así sucede, ésta puede llegar a parecerse a una especie de concierto o mítin político. En un esfuerzo por ser oportunos y hallar puntos de coincidencia con el mundo, los que plantan iglesias a menudo permiten que sean las encuestas que se hacen entre los «inconvertidos» de la comunidad las que determinen el contenido del culto de adoración. No es que yo crea que los que se valen de tales encuestas deliberadamente tratan de pasar por alto la instrucción de Dios, pero sí me pregunto cuál será el criterio que a fin de cuentas tendrá mayor influencia en la adoración. David Wells bien observó cuando dijo: «Cuando la fe cristiana se hace adecuada para el “mundo” [...] deja de ser adecuada para Dios, para Su Cristo y para Su verdad».²

¹ Alfred P. Gibbs, *Worship: The Christian's Highest Occupation* (La adoración: La más sublime ocupación del cristiano), 2ª ed. (Kansas City, Kans.: Waltherick Publishers, n. d.), 21, 41.

² David F. Wells, *God in the Wasteland: The Reality of Truth in a World of Fading Dreams* (Dios en el desierto: La realidad de la verdad en un mundo de sueños que se desvanecen) (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1994), 56.

En su preocupación por adecuarse a las necesidades transitorias del mundo, muchos tratan de mezclar la fe cristiana con la actualidad imperante en éste. Tratan de hacer la fe más popular y más del gusto del mundo, pero mucho de la voluntad de Dios se pierde en este proceso de mezcla. Puede que nos parezca que la mejor estrategia de evangelismo consiste en encontrarnos con la gente donde ellos están y así poder llevarlos al lugar donde Dios desea que estén. Esto parece ser lo que quiso decir Pablo cuando habló de hacerse de todo a todos «para que de todos modos [se salve] a algunos» (1^{era} Corintios 9.22b). No obstante, es obvio que Pablo jamás dio a entender que la adoración debía parecerse más al mundo con tal de atraer a los que están en el mundo. Puede que el tratar de acercarnos a Dios en un contexto mundano nos haga sentir bien y nos haga disfrutar el culto, pero tal enfoque podría hacernos perder el propósito de la adoración. Si hay algún mensaje que se le ha de transmitir al mundo por medio de la adoración, ése debe ser que somos fieles a nuestro Dios. No es que queramos ser insensibles o ajenos a los problemas del mundo que tan desesperadamente necesita a Dios, sino que nuestro deseo primordial debe ser obedecer la voz de Dios.

POR MEDIO DE ENTRAR CON EL PROPÓSITO DE HONRAR A DIOS, NO CON EL PROPÓSITO DE SER ENTRETENIDOS

Existe una tendencia creciente que consiste en tratar a los adoradores como consumidores. Los hombres de negocios tienen dos enfoques para aumentar sus ventas. Uno es convencer al consumidor de que necesita el producto que el fabricante ofrece; y el otro es averiguar qué desea el consumidor y producirlo para brindárselo. En las últimas dos décadas, los negocios se han centrado en el segundo enfoque. Los fabricantes que producen lo que el público desea están seguros de que atraerán su proporción de clientes. Lamentablemente, la religión ha adoptado el anterior principio del mundo de los negocios. Si a la religión se le considera como un producto ha ser consumido, entonces un enfoque razonable —al menos desde del punto de vista de los negocios— es averiguar lo que el público desea de la religión y brindárselo. El «producto» de consumo más inmediato que la religión ofrece es la adoración. ¿Realmente desea adorar el público consumidor? Lo que desean es algo que les resulte interesante, no aburrido. Quieren que el culto de adoración sea

entusiasmante, divertido y entretenido. La verdad es que el público exige que la adoración sea un rato de diversión. Para los que son sensibles al pensamiento de Dios, y desean estar en Su presencia, la adoración es entusiasmante, agradable y beneficiosa sin que para ello se hayan tenido que hacer arreglos especiales para que los cultos sean entretenidos. El disfrutar de la adoración no es contrario a los propósitos de ella. No obstante, ¿significa lo anterior que es justificable poner en escena una actuación todos los domingos, con el fin de satisfacer el gusto del consumidor que no es sensible a los pensamientos de Dios?

La razón que se da para justificar el entretenimiento en la adoración es que debemos hacer todo lo que sea necesario para atraer a la gente a los cultos de adoración, y, una vez que estén allí, procurar acercarlos a la presencia de Dios. Por supuesto que se tiene la esperanza de que una vez que se les haya despertado el gusto por la presencia de Dios, no necesitarán más entretenimiento para ser llevados a la adoración. El problema es que este enfoque rara vez funciona del modo que se espera. La idea de que el entretenimiento puede despertar a uno el gusto por la adoración verdadera es cuestionable. Don Chambers concluyó que el entretenimiento «tiende a disminuir el sentimiento de respeto y reverencia que debiera estar presente en un encuentro con Dios». Dijo, además: «Un encuentro con Dios es cosa seria, y los que eligen entrar en Su presencia deben hacerlo con gran reverencia y respeto».³

En 1992, fui parte de un grupo que viajó a una gran ciudad de Ucrania. Nos dieron permiso de llevar a cabo una campaña en un teatro al aire libre, en el centro de la ciudad. Muchas de las primeras personas que llegaron manifestaron desilusión cuando vieron que sólo les dimos Biblias. Algunos días atrás, otro grupo de los Estados Unidos había estado allí, regalando televisores y bicicletas. Habían alquilado un enorme estadio y lo habían llenado mediante ofrecer un tiquete a toda persona que pasara por la puerta. A todos los que llegaron se les pidió que llenaran el tiquete y lo depositaran en una caja. Al final de cada culto se sorteaban los premios. Entre más cantidad de familiares asistieran, más probabilidad había de que algún miembro de la familia se ganara un premio. Oímos gente hablando acerca de los premios por varios

³ Don Chambers, *Showtime! Worship in the Age of Show Business* (¡A divertirnos! La adoración en la era del negocio del espectáculo) (Nashville: 21st Century Christian, 1997), 45–46.

días después de que el grupo ya había salido de la ciudad. Se preguntaban por qué no hacíamos algo parecido. La impresión que recibí fue que lo único a lo que este grupo hizo que la gente se acercara, fue a los regalos, y no a Dios. Algunos de los pobladores locales nos consideraron oferentes de «segunda fila»; nuestra oferta no les interesó tanto como la que el grupo anterior hizo. No hay duda de que ese grupo había establecido un vínculo con la gente, pero ¿habrían hecho que alguno de entre la gente estableciera un vínculo con Dios?

Por supuesto que, en el mundo de los negocios, «el cliente siempre tiene la razón». Esto ha hecho que, en el culto, la voz del pueblo reemplace la de Dios, y que la opinión personal sea el factor primordial para determinar lo que se debe hacer en la adoración colectiva. David Wells hizo notar que «la única autoridad que se reconoce es la de la preferencia particular».⁴ El consumidor está acostumbrado a obtener lo que desea; de otro modo, no comprará el producto.

CONCLUSIÓN

Cuando respondamos a la llamada de Dios a adorar, es preciso que analicemos si nuestra adoración es tan sólo un reflejo de nuestra cultura pagana, o si es un puente para hacer que ésta se vincule con Dios. A Dios siempre le preocupó que a Su pueblo lo influenciara alguna cultura pagana en forma desmedida. Al mismo tiempo, Él desea construir puentes para ayudarle a la gente a cruzar la brecha que separa la cultura pagana de la cristiana. Leonard Allen hizo la siguiente observación acerca de lo que sucede con la religión moderna:

[Medra en un] ambiente sumamente secularizado. Pero, como vemos que sucede más crudamente en el movimiento de la Nueva Era, se vuelve narcisista y ecléctica, y se convierte en una moda. La gente valora la religión en la medida que fortalece y satisface el ego. Hablan superficialmente de esto, aquello y lo otro, juzgándolo todo con el criterio de lo bien que funciona y lo bien que les hace sentir.⁵

Puede que la adoración que se concibe para agradar al público, sea una maravillosa actividad terapéutica que fortalece el ego y nos hace sentir bien, aunque no invite a Dios a entrar en nuestra vida para que nos haga conforme a Su naturaleza. El verdadero peligro de una adoración así reside en que, en lugar de acercarnos a Dios tal como Él

es, nos inclina a inventarnos un dios que es más «a la medida», un dios con el que nos sentimos más a gusto, uno que se parece más a nosotros y se adecua mejor a nuestro estilo de vida secular. En otras palabras, existe el peligro de que adoremos un dios creado a nuestra imagen, y no al Dios que nos creó a Su imagen. Puede que la gente salga de esta clase de adoración sintiéndose llena, pero estarán más llenos de sí mismos, que de Dios. El mundo engaña. La atracción del mundo puede torcer nuestro razonamiento y confundir nuestras emociones. Puede que creamos y sintamos que estamos adorando, cuando en realidad no lo estamos.

Si algún lugar y momento hay en el que el pueblo de Dios puede proclamar que «no [somos] del mundo» (Juan 17.14, 16), ése es sin duda alguna el culto de adoración. Éste es tierra santa. De modo simbólico, debemos quitarnos nuestro calzado cuando salimos del mundo para entrar a participar en el culto. Debemos dejar atrás la suciedad y los conflictos del mundo cuando entramos a la presencia de Dios. Puede que el mundo no entienda, e incluso se ofenda, por el hecho de que proclamemos tal cosa, pero Jesús mismo dijo: «[...] yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece» (Juan 15.19). Jesús no siempre se vinculó con su cultura y tampoco nos vincularemos nosotros. Su deseo era vincularse con Su Padre. Éste debe ser nuestro deseo también.

Cuando de una vez por todas dejemos atrás este mundo, y entremos por las puertas del cielo, tendremos el privilegio de alabar y glorificar por siempre a Dios, junto con los que están alrededor de Su trono. Allí, seremos parte del culto que rinden los que nunca dejan de decir «Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir» (Apocalipsis 4.8). La santidad de Dios exige que nuestra adoración sea santa, exige que no se vea afectada por el mundo.

Un salmo de alabanza

Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,
La luna y las estrellas que tú formaste,
Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él
memoria,
Y el hijo del hombre, para que lo visites?

Le has hecho poco menor que los ángeles,
Y lo coronaste de gloria y de honra.
Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos;
Todo lo pusiste debajo de sus pies:
Ovejas y bueyes, todo ello,
Y asimismo las bestias del campo,
Las aves de los cielos y los peces del mar;
Todo cuanto pasa por los senderos del mar.

¡Oh Jehová, Señor nuestro,
Cuán grande es tu nombre en toda la tierra!
(Salmo 8.3-9).

⁴ Wells, 148.

⁵ C. Leonard Allen, *The Cruciform Church (La iglesia cruciforme)* (Abilene, Tex.: Abilene Christian University Press, 2d ed., 1990), 36-37.